

LA CONSTRUCCIÓN POLÍTICO-SOCIAL DEL *ΒΑΡΒΑΡΟΣ* EN EL MUNDO HELÉNICO. LOS SÍMBOLOS Y/O SIGNOS IDENTITARIOS QUE CONDUJERON A LA CONSTRUCCIÓN DEL “NOSOTROS” HELÉNICO.

The socio-political construction of the *βάρβαρος* in the Hellenic World. The identifying symbols and/or signs that drove to the construction of the “Ours” Hellenic.

GRACIELA GÓMEZ ASO

Universidad Católica Argentina - PEHG
g_gomezaso@yahoo.com.ar

Abstract: The issue of this work put us in the way, study and reflection of the construction of the concept “barbarian” as opponent, contrary and antagonist of “hellene”. This construction demands from the authors of the time the necessity of giving substantive form to the concept of “hellene”, that wasn’t only a rethoric figure, but an important “identification sign”. The identity affirmation of the Medical Wars winners put them in the ideological and political need of strengthen de concept of “hellene” since the discourse, such as has been done by force. Herodotus himself indicate us that “Hellenes” and “Barbarians” are, at first, different, even they represents regions or different spaces. In the Fifth Centruy BC, the difference language evolves to a form of space. Those who do not speak in Greek were considered out of time, rudes and intellectually inferiors.

Keywords: Polyvocal concepts – heterophony – *βάρβαρος*: etnonim and/or exonim – Hellenes and Barbarians as asimmetrical contraries.

Resumen: El tema de este trabajo nos pone en el camino, estudio y reflexión sobre la construcción del concepto de “bárbaro” como oponente, contrario o antagonista de “heleno”. Esta construcción requirió de los autores de la época la necesidad de darle forma sustantiva al concepto de “heleno”, que no solo fue una figura retórica, sino un “signo identitario” importante. La afirmación de la identidad de los triunfadores de las Guerras Médicas los puso en la necesidad ideológica y política de reforzar el concepto de “heleno” desde el discurso, tal como lo habían hecho en su momento por las armas. Heródoto mismo nos indica que *helenos* y *bárbaros* son, en principio, diferentes, incluso representan regiones o espacios diferentes dentro de la ecúmene. La diferencia de lenguaje en el siglo V a. C, evolucionó hacia una forma de espacio. Aquellos que no hablaban griego fueron considerados atrasados, rudos, rebeldes e intelectualmente inferiores.

Palabras Clave: Conceptos polívocos – heterofonía – *βάρβαρος*: etnónimo y/o exónimo - helenos y bárbaros como contrarios asimétricos

La historia de los términos de uso histórico nos dispone a atender y entender que los “conceptos” son indicios a través de los cuales es posible conocer los cambios, las rupturas, las coyunturas sociopolíticas y las transformaciones históricas.

Cuando reconstruimos la historia de los términos, nos capacitamos para detectar las controversias políticas, sociales y semánticas que quedan registradas en ellos. Se nos hace presente el tenor de la lucha entablada en esos campos de estudio y en los sujetos implicados en ella.

Para Koselleck (2012), conceptos son algo más que palabras, puesto que ellas son unívocas y aquellos son *polívocos*: concentran muchos contenidos significativos, unifican en sí la totalidad de significados. Por eso, una vez acuñados, los conceptos tienen la posibilidad puramente lingüística de ser usados en forma generalizadora, de formar categorías o de proporcionar la perspectiva de la comparación.

Una palabra se convierte en un concepto si la totalidad de un contexto de experiencias y significados sociales, políticos o culturales en los que se usa, y para los cuales se usa, pasa a formar parte globalmente de ella. Por eso, una palabra contiene posibilidades de significados.

Los conceptos reúnen la pluralidad de la experiencia histórica y la suma de las relaciones teóricas y prácticas de relaciones objetivas, en un contexto que solo está dado y que se vuelve experimentable a través de la acuñación de un concepto. Estos abarcan contenidos sociales, políticos y culturales a los que se refieren (LESGART, 2012). Un concepto es indicador a la vez que factor de los contextos que engloba.

Por cuestiones de uso histórico debemos delimitar el término “bárbaro” al contexto greco-latino. En este trabajo estudiaremos a los “bárbaros” y

soslayaremos por razones de orden histórico, en el cuerpo del trabajo, el uso de “otredad”. Asimismo consideramos atinado aclarar que el término “otredad”, construcción discursiva acerca de los otros, emerge del uso por sujetos o actores sociales colectivos desde un criterio de antagonismo social. Desde lo discursivo, y la acción concreta, es hoy muy común englobar detrás del término “otredad” a las minorías discriminadas, rechazadas o excluidas. Tal es el caso de las circunstancias de género, raza, religión, condición social o política. Es atinado indicar que el término “bárbaro” hunde sus raíces en el contexto cultural, social y político greco-latino como una forma de arquetipo histórico que se derivó como tópico-referente a otras épocas y a otros contextos.

Para reconocer los elementos constitutivos de la contextualización del concepto de “bárbaro” comenzaremos por estudiar el caso helénico.

El término “bárbaro” comenzó a construirse discursivamente entre los siglos IX y VIII a. C., en pleno proceso de colonización griega y fue utilizado por Homero. Su uso pareció estar vinculado a la cuestión de la comprensión o no de la lengua de los enemigos circunstanciales durante la guerra de Troya. En la *Iliada*, los guerreros troyanos reconocieron a los carios, aliados de los troyanos, como “barbarófonos”. A la condición antagónica se aplicó un “heterófono” (término de igual grafía y diversa pronunciación) de tipo lingüístico-cultural:

“Nastes estaba al frente de *los carios de bárbaro lenguaje*. Los que ocupaban la ciudad de Mileto” (HOM., *Ili.*, II, 867).

Para la helenista catalana Rosa Santiago (1998), la atribución de este epíteto a los carios, pueblo con el que los habitantes griegos de Asia Menor mantenían estrechas relaciones de vecindad y comprensión de sus respectivas lenguas, inclina a pensar no en una referencia a ellos como hablantes de una lengua diferente del griego, sino más bien en una caracterización despreciativa de su particular fonética al hablar en lengua griega.

En la *Odisea*, Homero hace mención de un concepto similar que conlleva una apreciación de desvalorización social y cultural:

“Ven acá querida, vayamos al lecho y acostémonos, pues Hefesto ya no está entre nosotros sino que se ha marchado a Lemnos, junto a los *Syntias de salvaje lengua*” (Hom., *Ili.*, VIII, 294).

Aquí, a la heterofonía o disonancia lingüística se agregaría un adjetivo que denotaría cierta carga peyorativa del hablante, el dios Ares, hacia los Syntias, habitantes de Lemnos. Lo que evidencia el uso de un término prejuicioso “aplicado a hombres que tiene claramente en la *Odisea* el sentido de ‘*salvaje*’ por oposición al ‘*civilizado*’” (SANTIAGO, 1998, 36). En este punto y de acuerdo con el entramado de la relación heleno-bárbaro, no coincido con la posición de la autora de referencia. Durante la etapa de la poética helénica arcaica, debemos cuidarnos de llevar el antagonismo hasta un plano civilizatorio. Considero que este texto pretende describir las condiciones lingüísticas y culturales de los habitantes de Lemnos. En la visión de Homero, los Syntias son connotados como de lengua salvaje, como parte de una descripción básica: estos no pertenecían a la “*cultura aquea*”, propia del autor del relato. La diferencia en concreto no llega al nivel máximo de la civilización, sino que la encontramos acotada a cuestiones descriptivas del habla y el lenguaje.

En tiempos de la poética helénica, podemos deducir que el concepto de “bárbaro” era asimilado a una cualidad específicamente lingüística, cuanto más cultural. Hasta allí aún con cierta carga peyorativa.

En el siglo VI a. C., todavía encontramos posicionamientos acerca de los bárbaros que podríamos considerar neutros o atados a cuestiones de expresión del hablante o de la lengua. Es el caso de la literatura y la epigrafía jonia (SANTIAGO, 1998). A saber:

“Suaviza, Zeus, tu descuidado lenguaje, no sea que te expreses a la *bárbara manera*” (ANACREONTE DE TEOS, *Fr.*, 313).

En el caso del fragmento de Anacreonte, el término se utiliza como sinónimo de “barbarófono” o para caracterizar a aquellos que no hablan correctamente el griego.

“Testigos de poca valía son para los hombres ojos y oídos cuando tienen *almas bárbaras*” (HERÁCLITO DE ÉFESO (*floruit* 504-501), DK, I6, 22, B 107).

De este fragmento del filósofo jonio Heráclito, Rosa Santiago deduce que en función de la teoría del conocimiento del autor, las sensaciones son fiables si pasan por el control de la razón. A estos les falta ese control de la razón sobre el conocimiento adquirido por los sentidos, es decir, los bárbaros tienen un conocimiento ingenuo” (SANTIAGO, 1998, 41). Sea como fuere, parece apuntarse ya a una concepción de superioridad griega, que arraigará en el contexto helénico hasta consolidarse con toda su connotación un siglo más tarde.

A principios del siglo V se ha hallado una inscripción jonia conocida como *Teiorum Dirae* o *Dirae Teiae*, procedente de Teos. Es un código legal que alerta sobre el uso de imprecaciones públicas:

“(Quien) tomase a sabiendas alguna decisión perjudicial para las relaciones de la comunidad de Teos con *helenos* o con *bárbaros*, perezca” (DGE 710=ML 30, líneas 23-27, cara B). (SANTIAGO, 1998: 41).

De esta cita epigráfica sacamos conclusiones que pueden deducirse del contexto del siglo V a. C.: el término “bárbaro” ya se ha sustantivado, por lo cual tiene el valor globalizador del “no griego”, y del contexto se deduce que el término no tiene ninguna connotación peyorativa, sino que está equiparando al bárbaro con el heleno. Este documento legal confirma el uso meramente descriptivo del término que pareciera consolidado en las ciudades jónicas a principios del siglo V a. C.

Esta cita epigráfica emergida del medio jurídico jónico no presenta influencias de los patrones del discurso literario. Esto es demostrativo de que, aún en tiempos del enfrentamiento de los jonios con los persas, el término “bárbaro”, en la vida cotidiana al otro lado del Egeo, tenía un valor neutro, o meramente descriptivo en relación con lo “no griegos”.

Debemos destacar que en la obra de Heródoto se perciben dos momentos. En la primera parte de ella, el término “bárbaro” no había adquirido todavía el valor peyorativo que opone a “griego” la antítesis retórica de “bárbaro”, que se convertirá en *topos* literario tras el final de las Guerras Médicas. El primer párrafo de la obra de Heródoto nos dice:

“Es ésta una exposición de la investigación de Heródoto de Halicarnaso, a fin de que ni lo realizado por los hombres se desvanezca con el tiempo, ni queden sin gloria las obras grandiosas y admirables, recogidas unas por los griegos y otras por *los bárbaros*, y también otra cosa, por qué causa guerrearon unos contra otros” (HDT., *His.*, Proemio).

Es en el contexto de la guerra, en particular tras el triunfo de las fuerzas helenas, que el término cobra otra connotación. La circunstancia en torno a la construcción del concepto de “bárbaro” como oponente, contrario o antagonista de “heleno” requirió de los autores de la época construir sustantivamente el concepto de “heleno”, que no solo era una figura retórica, sino un signo identitario importante.

La afirmación de la identidad de los triunfadores de las Guerras Médicas los puso en la necesidad ideológica y política de reforzar el concepto de “heleno” desde el discurso, tal como lo habían hecho en su momento por las armas. Heródoto mismo nos indica que *helenos* y *bárbaros* son en principio diferentes, incluso representan regiones o espacios diferentes dentro de la ecúmene:

“(…) pues los persas se adjudican Asia y los pueblos *bárbaros* que la habitan y consideran que Europa y los griegos son diferentes” (Hdt., *Hist.*, 1, 4,4).

La diferencia de lenguaje en el siglo V a. C. evolucionó hacia una forma de espacio. Aquellos que no hablaban griego fueron considerados atrasados, rudos, rebeldes e intelectualmente inferiores “por no vivir bajo la usanza de las tradiciones y las costumbres griegas como tales” (GARCÍA GUAL, 2006, 5).

El giro discursivo fue manifiesto; la retórica de ascendente sofístico que rodeaba a los políticos de posguerra a finales del siglo V a. C. llevó la oposición

entre heleno y bárbaro desde el lenguaje a las costumbres e incluso a la naturaleza del ser. “De las *nomoi* el uso del término derivó a la *physis*” (OSBORNE, 2002, 196).

En la mente del heleno aparece un vigoroso espíritu crítico, que busca afirmar su propia identidad, tanto por el lugar que les correspondió a los helenos en la historia como por el lugar que Heródoto le asignó al resto, a los no griegos. Fue este autor y los trágicos áticos posteriores los que construyeron un ‘*nosotros helénico*’ en torno a dos elementos: “la descripción de países y costumbres extrañas y el relato de los hechos que llevaron a lo que las ciudades griegas eran en el momento del inicio de la lucha contra los persas” (BUONO CORE, 2009, 355).

El estudio del pasado, la historia, ejecutó su cometido, dentro del escenario griego del siglo V, porque el pasado era utilizado para dotar a la comunidad de cohesión y cometido, de fortificar su tono moral y de apuntalar el patriotismo (FINLEY, 1974, 29).

De ese modo, la polarización de lo “bárbaro” frente a lo “griego” se convirtió en un tópico de la retórica ateniense, sobre todo en *Los Persas*:

“El impetuoso señor de la populosa Asia lanza contra toda la tierra un enorme rebaño de hombres por un doble camino: para los soldados de a pie y los del mar confían en sus fuertes y rudos capitanes, el hijo del linaje del oro, mortal igual a los dioses. *En sus ojos brilla la sombría mirada del dragón sanguinario*; tiene mil brazos y miles de marinos, e impulsando su carro sirio conduce un Ares que triunfa con el arco contra guerreros ilustres por la lanza” (ESQUILO, *Los Persas*, Párodos).

Como se percibe en el párrafo de Esquilo, solo después de las Guerras Médicas encontraremos que el uso del término ha tomado un significado despectivo. Frente al término ancestral de *xeinos* o *xenós*, para nombrar al extranjero, ahora se utiliza *βάρβαρος* como un concepto peyorativo. En la tragedia, la imagen de los bárbaros se construyó con una decidida base ideológica (HALL, 1989). Aparecieron seres hostiles, salvajes, refinadamente apasionados, torpes, serviles, escandalosos. Todo aquello que se asoció con el término fue sinónimo de lo oriental. La distinción más importante que trazaron los

intelectuales atenienses entre ellos mismos y los “bárbaros” fue indudablemente política: “Los griegos aparecieron como democráticos e igualitarios frente a los bárbaros que eran tiránicos y jerárquicos” (BUONO CORE, 2009, 355).

El concepto de “bárbaro”, tal como vimos, fue construido en un contexto histórico y con finalidades ideológicas determinadas, por lo cual consolidó su contenido. En aquel contexto de fines del siglo V a. C. y comienzos del siglo IV a. C., el término representó etimológica y políticamente qué se entendía por “bárbaro”.

La palabra provenía del sánscrito. En esta lengua de ascendiente indio, los términos *barbaras*, *var*, *varas*, se asimilaban con extranjero. En griego el término era *βάρβαρος*, en singular, o *βάρβαροι* en plural, fonemas repitentes carentes de valor semántico. El latinismo *barbarus* parecía tener parentesco con *balbus* y *balbutio*, cuyo significado era: lo incomprensible. De acuerdo con estos usos, eran “bárbaros” los que hablaban de una manera poco inteligible. Durante largo tiempo, los griegos tuvieron conciencia, en términos absolutos, de que conformaron una comunidad de raza, lengua, religión, derecho, cultura y costumbres superior a cualquier otra comunidad. “Creyeron encarnar, gracias a una síntesis de cualidades sin igual, el tipo *perfecto* de hombre” (DAUGÉ, 1981, 10-11).

Aristóteles, al mismo tiempo que asimilaba al “bárbaro” con el esclavo, refrendaba lo que el historiador Heródoto había construido un siglo antes acerca del modo de ser y las características fundamentales del griego:

“Los que habitan en lugares fríos y en Europa están llenos de coraje, pero faltos de inteligencia y de técnica, por lo que viven más bien libres, pero sin organización política, o incapacitados para mandar en sus vecinos. Los de Asia, en cambio, son inteligentes y de espíritu técnico, pero sin coraje, por lo que llevan una vida de sometimiento y esclavitud.

En cuanto a la raza helénica, de igual forma ocupa un lugar intermedio; así participa de las características de ambos grupos, pues es a la vez valiente e inteligente. Por ello vive libre y es la mejor

gobernada y la más capacitada para gobernar a todos si alcanzara la unidad política” (ARISTÓTELES, *Política*, 7, 6.1-2).

Por lo visto, el término fue cobrando la fuerza de un “etnónimo peyorativo”, de un término concebido por los griegos del siglo V a. C. y asignado los perdedores, cargado ahora de adjetivos que desvalorizaban su condición. A esto agregaron la construcción de un “exónimo peyorativo”, esto es, un espacio geográfico en el que vivían los bárbaros, en el que existían condiciones sociales y culturales diametralmente opuestas a las del heleno. El mundo quedaba dividido en helenos y bárbaros, cada uno instalado en territorios diferentes: Europa y Asia, respectivamente. El territorio de los bárbaros era despótico o tiránico, y estaba situado en Oriente; los gobernados tenían la condición genérica de súbditos frente a sus amos.

Los conceptos se tornaron *contrarios asimétricos* (KOSELLECK, 2012). La dualidad “helenos-bárbaros” ocupó sin duda un lugar preferencial. Los términos ejercieron el rol de tópicos de la antinomia cultural. Uno de los componentes, el término “bárbaro” es aplicable hasta hoy en general, tanto en el lenguaje científico como político. La expresión “helenos”, que originalmente determinaba al “bárbaro” en forma negativa, “ya no sobrevive más que históricamente o como nombre concreto de un pueblo” (AMÉS, 2010, 37). Por eso, la pareja clásica pertenece a la historia, pero muestra rasgos modélicos que emergen nuevamente en el curso de la historia y constituyen un *topos* profundamente arraigado en el imaginario de Occidente.

¿Qué entendemos por la herramienta interpretativa de “contrarios asimétricos”? Koselleck (2012), en un estudio acerca de la historia en función de los recursos interpretativos, se ha explayado acerca de la importancia de los conceptos. Dicho autor nos aclara que “las calificaciones de sí mismo y de los demás pertenecen a la sociabilidad cotidiana de los hombres. A partir de estas calificaciones, se articula la identidad de una persona o de un grupo y sus relaciones con las demás” (KOSELLECK, 2012, 205). En el uso de esas expresiones

o calificaciones, puede dominar la coincidencia o cada cual puede aplicar a su contrario una expresión distinta de la que usa para sí mismo. En ese contexto consideramos “asimétricas” aquellas coordinaciones desigualmente contrarias y que sólo se aplican unilateralmente.

La eficacia de las coordinaciones mutuas se incrementa históricamente en particular cuando estas se refieren a grupos. El simple uso del “nosotros” y del “ellos” caracteriza, desde luego, delimitaciones y exclusiones. Pero un “grupo nosotros” sólo puede convertirse en una unidad de acción eficaz políticamente mediante conceptos que contienen, en sí mismos, algo más que una simple descripción o una generalización: “Una unidad social o política de acción se constituye mediante conceptos, en virtud de los cuales se delimita y excluye a otros” (KOSELLECK, 2012, 206). Al excluir al otro, mediante estos conceptos “contrarios asimétricos”, se determina a sí misma, adquiere una dinámica identitaria fuerte y la unidad intragrupal se consolida.

Los grupos que construyen “contrarios asimétricos” logran una difusión político-ideológica e incluso propagandística, como hemos visto en el caso helénico, que consolida su identidad (su condición de nosotros compacto y unido) y desvaloriza al contrario por medio de un opuesto desigualitario o inferior.

En el caso del arquetipo construido de “helenos y bárbaros” constituyó una figura lingüística universalista. Esta figura del lenguaje era asimétrica. Los epítetos negativos utilizados por los helenos devaluaron a toda la humanidad, excepto a Grecia.

Los “bárbaros” constituyeron, durante gran parte de la historia helénica, una categoría exterior, un universo marginal, movedizo, equivocado, radicalmente diferente al suyo. Los helenos consideraron a los “bárbaros” desde el punto de vista del etnógrafo, del observador orgulloso o superior, sin un verdadero interés por civilizarlos. Según el caso, el “bárbaro” era un extranjero, un inferior, un ser primitivo, un renegado, un ser singular o incompleto. La barbarie no fue concebida jamás por los griegos como un *drama interior* asimilable a su mundo. Toda la imagería que rodeaba al constructo discursivo “bárbaro” estaba fuera

del radio de acción de la cultura helénica. “La estructura acerca del bárbaro fue en los helenos, especulativa (teorética) más que práctica. Lo que marca la gran diferencia con el caso romano” (DAUGÉ, 1981, 12).

BIBLIOGRAFÍA

Fuentes primarias:

1. ARISTÓTELES (1988). *Política*. Madrid: Gredos
2. ESQUILO (1997). *Los Persas*. Párodos. Barcelona: Gredos
3. HERÓDOTO (2000). *Historias*. Barcelona: Gredos
4. HOMERO (2000). *Iliada*. Barcelona: Gredos.

Bibliografía citada:

1. AMÉS, C. (2010). La construcción del bárbaro en el mundo clásico: las diferencias entre Grecia y Roma. *Revista electrónica de Ciencias Humanas*, 8 (Universidade Federal de Goias).
2. BUONO CORE, R. (2009) ¿La barbarie ¿una acusación recíproca? En: AMÉS, C. & SAGRISTANI, M. (Comps.). *Estudios Interdisciplinarios de Historia Antigua II*. Córdoba: Encuentro Grupo Editor.
3. DAUGÉ, I. (1981) *Le barbare. Recherches sur la conception romaine de la barbarie et de la civilisation*. Bruxelles: Latomus.
4. FINLEY, M. (1974). *Uso y abuso de la Historia*. Barcelona: Crítica.
5. GARCÍA GUAL, C. (2006). *Historia, novela y tragedia*. Madrid: Alianza,
6. HALL, E. (1989). *Inventing the barbarian. Greek self-definition through Tragedy*. Oxford: Clarendon Press.
7. KOSELLECK, R. (2012). *Historias de conceptos. Estudios sobre semántica y pragmática del lenguaje político y social*. Madrid: Trotta.
8. LESGART, C. (2012). Las metáforas y los conceptos. Ensayo en honor a Guillermo O'Donnell. *Temas y Debates*, 24 (Universidad Nacional de Rosario), pp. 49-58.
9. OSBORNE, R. (2002). *La Grecia clásica 500-323*. Barcelona: Oxford University Press.
10. SANTIAGO, Rosa-Araceli. (1998). Griegos y bárbaros: arqueología de una alteridad. *Faventia*, 20/2, pp. 33-45.